

*La "tiranía" del médico*

¿Cómo puede ser esto? ¿Qué vibrantes pasiones saben despertar los médicos? Es que acaso ninguna otra profesión como la nuestra inspira en la sociedad más fugaces cariños y más hondos desafectos. Porque es, nada menos, que la vida del prójimo lo que se pone en vuestras manos pecadoras, se nos dirá. Y, en efecto, así es. Pero lo es también que existe, como Marañón expresara oportunamente, un estado espiritual de perenne protesta contra todo aquello a que debemos forzosamente acudir y que, por esta misma fuerza impositiva, se nos antoja tiranía. Un ingeniero, un abogado, un obispo, un militar, podrán pasarse sin nuestro requerimiento de prestación de servicios directos toda nuestra vida; pero no así el médico, a quien habrá que acudir en momentos de angustia para nosotros y para nuestros hijos, sin que nos podamos sustraer a su juicio y a su mandato. Y lo que es más grave. Del médico, en última instancia, cuando se ve fallido el principio científico, todavía se esperará siempre el milagro, exigiéndole el poder omnímodo de que carece, ese poder sobrehumano que intenta vanamente adorar en el taumaturgo.

Por lo mismo, la sociedad analizará cuanto a su aureola de prestigio se refiere. Le amará algún tiempo. Le desdeñará un día. Y si algún suceso insólito viene a atraer o a despertar la natural fruición crítica de las gentes sobre los médicos, el sentimiento podrá convertirse fácilmente en hiperestesia, más aún, en verdadera fobia popular. Esta psicología de las multitudes la han sabido explotar bien los humoristas, los escritores amargados y los políticos de todos los tiempos. ¡Cuesta tan poco trabajo escarbar en la subconsciencia humana para lanzarla ciegameamente contra lo respetable! En la esfera más concreta del ejercicio profesional cotidiano, tiene esta observación una cruel realidad, un típico ejemplo en aquellos malos compañeros, cazadores de clientela, que llegan detrás de nosotros a los hogares y no vacilan en dejar flotando en el aire la sospecha torturante sobre el enfermo que, según estos espíritus piadosos, murió por un error o una falta de atención nuestra...

*¡Peligrosa profesión la del médico!*

Compréndese por lo expuesto que el médico actúa en todo instante sujeto a la mirada inquisitorial de sus contemporáneos; que se mueve de continuo dentro de una gran vitrina cuyos cristales son de aumento poderoso para sus imperfecciones y que a poco que efectúe un gesto privado de elegancia, mil puños coléricos romperán esos cristales y lo desnudarán y crucificarán. ¡Peligrosa profesión la del médico, que depende, como ninguna, de la fe puesta en su humana debilidad con exigencias de sabiduría inconcusa! Pero más peligrosa todavía si no nos esforzamos en constituir una estrecha orden en la cual sólo puedan convivir los verdaderos señores de la Medicina.

*La cantinela de las dos morales*

Ajustar nuestro ejercicio médico a un estricto criterio moral, a una purísima deontología que el tiempo nos impone con singular clarividencia. Y he aquí dónde surge la interrogante de más alta trascendencia: la moral a seguir; la moral aceptable que debe regir nuestros actos profesionales. Filósofos y moralistas, médicos de perfecta solvencia, maestros encanecidos austeramente en el ejercicio, nos hablan continuamente de una moral excelsa e insuperable, definitivamente